

tantes de la nación, y aquí permaneceré hasta que se restablezca la tranquilidad."

—Sire, repuso el presidente Vergniaud, podéis contar con la lealtad de la Asamblea. Conoce sus deberes y los llevará sin pasión ni miramiento.

Mas como se oyeran muchas voces diciendo que el reglamento de la Asamblea prohibía el deliberar en presencia del rey y de la reina, se acordó que estos pasaran á un aposento pequeño detras de la tribuna del presidente, donde acostumbraban los relatores tomar nota de las deliberaciones y acuerdos de ese augusto Cuerpo.

El aposento era asaz reducido y muy desprovisto, y allí la familia real, con los ministros y servidores apiñados, y medio sofocados por el calor pasaron diez y seis horas bajo una lluvia de ironías y de desprecios legales, entre el ruido del cañon, que alternativamente se acercaba y se alejaba, y en presencia de enemigos que espían sus miradas como si fuesen delitos, vió Luis perecer la monarquía, y se oyó declarar suspenso de sus funciones de rey. Mientras tanto, fuera de la Asamblea continuaba la carnicería: mujeres furiosas se mezclaron en la pelea; los Marselleses tomaron aun mayor parte en ella; y el cañon vomitaba continuamente metralla contra los Suizos que se defendían como héroes, hasta que habiendo cesado el fuego por orden del rey, fueron degollados y las turbas penetraron en el palacio.

El proceder generoso de Luis no le ganó un ápice de popularidad ni de compasión, porque viendo en aquellos momentos al célebre pintor David y preguntándole si acabaría pronto su retrato, le respondió este: "No retrataré jamás á un tirano, á no ser teniendo delante de mí su cabeza separada del tronco."

Maria Antonieta callada, sin movimiento, como estatua de mármol, pasó todo el día, con el delfin dormido en su regazo. Solo aparecía que vivía por los suspiros y apagados quegidos que se le escapaban á pesar suyo. El único alimento que tomó allí fué un vaso de agua mezclada con vino de grosellas.

Hacia las cinco de la tarde, cuando todavía deliberaba la Asamblea sobre lo que haría con el rey, este se volvió para su lacayo, de pié junto á él y le pidió algo de comer, porque sentía hambre.

Hué se encaminó á la afonda mas cercana y trajo un pedazo de pollo asado, fruta y pan, los cuales puso en una mesita que habia en la garita de los relatores ó logógrafos.

Se le alegró la cara al ver los alimentos y se sentó al punto á comer con mucho apetito, sin oír los apagados sollozos que partían del oscuro rincón á donde se habia retirado la que el día ántes era la reina de Francia, para llorar su desgracia y ocultar la vergüenza que le inspiraba la indiferencia de su marido.

A fin de enjugarse las lágrimas, pidió un pañuelo, pues el suyo estaba empapado con las suyas y el sudor de la frente de su hijo dormido; pero ninguno de sus amigos pudo alargarle uno que no estuviese salpicado con la sangre de los heridos en la defensa del trono.

Hasta las dos de la madrugada no concluyó el martirio de los reyes, siendo á esa hora conducidos á las celdas del que fué convento de los Fuldenses, que daban sobre los salones ocupados por la Asamblea y que se habian preparado

á la carrera para hospedar á la familia real. Allí fueron escoltados por hombres armados, que en vez de candeleros llevaban en la boca de los fusiles las velas para alumbrar el camino. Una densa turba, tambien con armas, los rodeó y á menudo les cerró la vía, de modo que los oficiales tuvieron que hacer uso de toda su autoridad, para abrirles paso. Cedia la plebe, pero no sin cantar á oídos de los desgraciados soberanos:

Madama Veto habia prometido
Degollar á todo París.

Aquellas caras feroces y palabras descompuertas, solo alcanzaron asustar al delfin, que se apegaba temblando á las faldas de su madre, la cual á veces se inclinaba y le decía algo al oído. Subió con esto el muchacho las escaleras muy animado y en la meseta se detuvo para esperar á su hermana, quien era preciso sostenerla, porque se caía del sueño.

—"Teresa, le dijo el gozoso, mamá me ha prometido que dormiré en su cuarto, porque yo no he llorado delante de la gente mala." De repente, sin embargo, se le acabó su vivacidad y alegría, y añadió preguntando:—¿Dónde está Bijou? El me seguía cuando salimos de la garita. Bijou, Bijou!

En vano le buscó y le llamó, el perrillo, herencia de su hermano mayor, no respondió ni pareció en ninguna parte. Quizas se perdió entre la multitud, tal vez le hollaron y mataron.

Cuando al fin reinó el silencio y se restableció la tranquilidad, descansando de sus fatigas los reyes, en duros lechos, todavía del delfin salían suspiros y sollozos. Era que lloraba la pérdida de su perrillo. Se levantó Maria Antonieta y le besó en la frente diciéndole:—No llores, hijo mio, volverá mañana tu Bijou.

—Mañana! ¿Sí, mamá?
—De seguro.

Con esto cesó el llanto del niño y se durmió apaciblemente. No así su madre, quien pasó el resto de la madrugada sin cerrar los ojos, escuchando la gritaría del pueblo en la plazuela delante del convento, las pisadas de la tropa de á pié y de los destacamentos de la caballería haciendo la ronda, ó desfilando en direccion de sus hogares y cuarteles, despues de la refriega en las Tullerías.

En el siguiente día y cuatro mas, se continuaron los debates sobre el destino que debía darse á Luis Capeto y su mujer, como ya llamaban á los hasta entonces reyes de Francia. Declarados prisioneros de la nación, se les creyó indignos de ocupar las Tullerías, y el Luxemburgo, y se les señaló el Temple para su residencia, mejor dicho, prision hasta tanto se disponia de ellos, segun pluguiera al partido dominante.

En los días que pasaron en los Fuldenses la reina volvió á su antigua calma y compostura teniendo aun sonrisas para halagar á sus hijos y recibir á sus amigos. Mucho le complacieron las atenciones que con ella usó la esposa del embajador Inglés, Lady Sutherland, que de las camisas y ropas de su propio hijo le envió algunas piezas para el delfin. Madama Tourzel así mismo le regaló su reloj, habiendo perdido el suyo y la bolsa en el tránsito de los salones de la Asamblea á las celdas del convento

Informados de esa pérdida cinco caballeros presentes, sacaron el oro que llevaban y lo depositaron en una mesa, ántes de retirarse.

—"No señores, les dijo Maria Antonieta al notar su proceder generoso, guardad vuestro dinero; tal vez vosotros lo necesiteis mas que nosotros, como que sospecho vivireis mas tiempo."

Tan á menudo le habia arrebatado la muerte sus mejores servidores y amigos, que habia cesado de inspirarle terror. Mas ansiedad y recelo le causaban los insultos y amenazas que le hacían cuando iba al cuarto de los logógrafos y volvía de él. En una de esas idas y venidas observó la reina de pié en el jardin algunas personas decentemente vestidas que la miraban ir sin dirigirla insultos. Llena de gratitud, se sonrió y las saludó; tras lo cual una de ellas dijo:—No os tomeis la molestia de sacudir la cabeza con tanta gracia, porque no la tendreis mucho tiempo sobre los hombros.

—Me alegraría que ese hombre dijese la verdad! dijo Maria Antonieta.

En la mañana del 18 de agosto, dos grandes carruajes, tirados cada uno por un par de caballos, se veían en el patio de los Fuldenses, listos para conducir la familia real al Temple. En el primero tomaron asiento los reyes y sus dos hijos, madama Isabel, la princesa Lamballe, madama Tourzel y su hija; junto con Pétion, el corregidor, el fiscal general y un regidor. El otro lo ocupaban los criados del rey y dos funcionarios públicos. Escuchaba los carruajes un destacamento de la Guardia Nacional y los seguían grandes masas del populacho haciendo escarnio de los infortunados presos.

Al pasar por la plaza de Vendome, pudo echar bien de ver Luis los fragmentos de la estatua ecuestre de Luis XIV, exparcidos por el suelo y que en su cólera habia hecho pedazos el pueblo.

—Así se hará con todos los tiranos! gritó alguno del populacho observando lo que pasaba por el ánimo del rey.

—Qué malos son! exclamó el delfin, que iba en las rodillas de su padre, al reparar en aquel destrozo.

—No, le dijo Luis con dulzura, el pueblo no es malo, sino que está mal aconsejado.

Las siete de la noche serian cuando los dos carruajes con su carga pararon delante de las puertas del lúgubre edificio, convertido en cárcel de los reyes de Francia.

—¡Viva la nación! gritaba la plebe que llenaba el patio interior así que Maria Antonieta y su marido desmontaron del coche. Viva la nación! Abajo los tiranos!

Ella no hizo caso ninguno de aquellos gritos, solo inclinó la cabeza para ver sus zapatos negros, que por las roturas de las puntas, se asomaban las medias de seda y dijo á la princesa Lamballe, la cual marchaba á su lado:

—Mira, mira mis piés, ¿quién creería que la reina de Francia habia de llegar al estado de no tener zapatos que ponerse?

CAPÍTULO XX.

HASTA EL 21 DE ENERO.

—FUERZA es que miremos cara á cara la desgracia y que nos armemos de valor para sobrellevarla dignamente, dijo Maria Antonieta. So-

mos prisioneros y nuestra prision parece larga; tratemos de convertirla en hogar lo mas que se pueda. Tracémosnos un plan de vida.

—Tienes razon, Maria, repuso Luis. Veamos cómo pasar el tiempo útímente. Como ya no soy rey, nada me impide ser el maestro de mi hijo. Trataré de educarlo para que sea buen rey.

—¿Y crees tú, Luis, que despues de esto habrá reyes en Francia?

—Bien, contestó el rey, le darémos al niño aquella educacion que le haga capaz de llenar con dignidad cualquiera destino que esté llamado á desempeñar. Le instruiré en las ciencias.

—Y yo daré á él y á Teresa lecciones de música y de dibujo; dijo Maria Antonieta.

—Por mi parte, dijo entonces la princesa Isabel, si me lo permiten enseñaré á mi sobrina á bordar un paño de altar.

—Por la noche, agregó Maria Antonieta haciendo una inclinacion de cabeza para la princesa Lamballe, leeremos comedias, á fin de que los niños aprendan el arte de la declamacion. Harémos, en fin, por olvidar lo pasado, y ocuparnos del presente, sea cual sea este. Se verá que en los cuatro días que hemos pasado en el Temple hemos aprendido mucho, es decir, á tener paciencia. Pero ¿qué es eso? agregó la reina cesando de hablar. ¿No oís pasos cerca de la puerta? Algo extraño debe ocurrir, porque no es hora todavía de venir los carceleros. ¿Dónde están los niños?

En la ansiedad de su amor materno la reina se apresuró á subir la escalerita que conducía al segundo piso del Temple, donde se hallaba la alcoba del delfin y la sala de recibo. Este corrió á encontrarse con su madre y lo primero que le preguntó fué si venia á cumplirle la promesa de sacarlo al jardin. En vez de contestarle Maria Antonieta le estrechó á él y á Teresa en sus brazos y exclamó:—Ah! hijos míos, mis caros hijos, yo solo quería verlos! Yo...

No prosiguió, porque se abrió la puerta y entraron el rey, seguido de su hermana, de la princesa Lamballe y de madama Tourzel.

—¿Qué ocurre? preguntó Maria Antonieta, ¿Qué nueva desgracia nos aguarda?

Callóse, habiendo reparado entonces en los dos miembros del Ayuntamiento, que entraron tras de las señoras, y en su presencia ella no queria quejarse. Manuel, que desde el 10 de agosto, habia sido nombrado fiscal general y alcaide en jefe de los presos de la nación, se hallaba delante y por ningun motivo le daria el placer Maria Antonieta de ver su debilidad.

—Teneis algo que comunicarnos, le dijo ella.

Sí, Manuel tenia mucho que comunicarles, pues que venia exprofeso á notificar a los reyes un decreto de la Asamblea, en que se ordenaba saliesen al punto del Temple todos aquellos que habian venido á acompañar á Luis Capeto y su esposa en calidad de servidores ó amigos.

No hizo ninguna observacion Maria Antonieta, solo abrazó á su querida Lamballe y dió un beso de despedida á madama Tourzel y á su hija.

En la noche de ese día reinaron el silencio y la soledad en los cuartos del Temple. El único de los criados que dejaron fué Clery, el ayuda de cámara del rey. Al otro día volvió Manuel

para participar á la reina que podia contar con dos camareras si las escogia de una larga lista de nombres que le presentó. No aceptó el ofrecimiento María Antonieta por la sencilla razon de que le repugnaba suplir el lugar de los criados fieles que le habian quitado, con meros instrumentos de sus enemigos.

—En ese caso, tendreis que serviros vos misma, le dijo Manuel.

—Sí, agregó la reina con naturalidad, nos serviremos nosotros mismos y tendremos en ello un placer.

Y así sucedió, en efecto. Como al rey, sin embargo, le habian permitido retener un ayuda de cámara, este lo vestia y le arreglaba el cuarto en el Temple. Madama Isabel se vestia por sí y María Antonieta vestia y desnudaba al delfín.

Este niño era el único rayo de sol que á veces iluminaba los sombríos aposentos del Temple. Con la feliz negligencia de su edad, habia olvidado lo pasado, no pensaba en lo futuro, vivia en lo presente y buscaba el placer, encontrando la felicidad cuando sacaba una sonrisa de los labios de la reina ó una palabra de elogio de los del rey por su buena conducta.

Así se pasaban los dias monótonos, tristes y cansados de la familia real. Nadie le traía noticias de lo que ocurría fuera; siendo así que estaba estrechamente vigiada para que se le acercaran los amigos ó le comunicaran los sucesos. En comparacion con el encarcelamiento del Temple, los reyes habian gozado de entera libertad en las Tullerías. Tal era la vigilancia á que se sometia á la reina, que ni para acostarse se le permitia cerrar la puerta de la alcoba, pues para desnudarse se ponía un biumbo á los pies de la cama, que se quitaba inmediatamente que ella se acostaba.

En estas torturas y pesares se pasó agosto y vino setiembre. En la mañana del 3 de este se presentó Manuel en los calabozos de los reyes para decirles, muy agitado, que no debian bajar al jardin en ese día, como solian, á las doce, sino mantenerse dentro de puertas.

—¿Cómo lo pasa mi amiga, la princesa Lamballe? preguntó María Antonieta.

Manuel guardó silencio, se quedó perplejo, y al fin, avergonzado y con los ojos bajos, contestó que acababan de prender á la princesa y llevarla á la cárcel de la Force. En ónces, para divertir la conversacion, Manuel comunicó á los presos las nuevas que habian llegado recientemente á París, y que habian llenado de agitacion y rabia á todos los habitantes.

Habia comenzado el terrible duelo entre la casa de Austria y Francia. Inglaterra al principio se declaró neutral, lo mismo hicieron Holanda, Dinamarca y Suecia, muerto Gustavo, se dió por muy contenta de escapar á la invasion preparada por ese héroe. Los príncipes Italianos eran enemigos de la revolucion, pero muy impotentes para oponérsele; España vacilaba entre varios pareceres; Rusia excitaba á la guerra porque su fin era le dejaran invadir á Polonia. Prusia y Austria, unidas con los electores eclesiásticos y con otros reyezuelos, presentaron en campaña 130,000 hombres dispuestos á entrar por las Ardenas y atacar á París, á los cuales se agregaban 6,000 emigrados capitaneados por Condé.

En la importancia de estas noticias, dadas

en globo, se olvidó María Antonieta de la confusion y perplejidad de Manuel. Volvió á esperar y á creer en la posibilidad de salvarse. Ni siquiera se ocupó entonces de los gritos uriosos que daba la plebe al pié de sus ventanas, pidiendo su cabeza. Tantas veces habia oido ese grito, que habia perdido toda significancia para ella. Tampoco le llamaron la atencion los redobles de tambor, el sonido de los clarines, el choque de las armas, ni las voces de guerra que se oian en las distintas calles de París. Lo único que todavia resonaba en sus oidos eran las palabras de Manuel:—Prusia y Austria uni las marchan sobre las Ardenas con 130,000 hombres para atacar á París.

—Oh! Dios! clamaba ella. Ten piedad de nosotros. Concede la victoria á nuestros amigos. Libértanos de estos sufrimientos, que no merecemos, para que nuestros hijos gocen al ménos la dicha que nos ha sido negada.

Y sin embargo, á nadie podia hablar María Antonieta de sus esperanzas y recelos; porque estaban presentes los concejales y los dos criados que á la fuerza impusieron á los presos, Tison y su mujer, espías y carceleros ántes que criados. Solo la mirada serena y la despejada frente revelaban al rey las esperanzas que se anidaban de nuevo en el seno de su esposa. A esas débiles indicaciones solía él responder con un movimiento imperceptible de ojos y una triste sonrisa.

De improviso y á tiempo que la familia real se sentaba á la mesa redonda, se dejó sentir un rumor en todo el edificio poco há tan silencioso. Oyéronse bien pronto voces y tras estas pisadas por la escalera. Los dos oficiales que se hallaban en la antecámara, se enderezaron y acercaron á la puerta, en cuyo acto esta se abrió y entró un tercer oficial palido y tembloroso de la ira, que amenazó con el puño al rey y le dijo:

—El enemigo ya está en Verdun. Nosotros serémos deshechos pero tú vas por delante.

El rey, casi sin comprender, miró á la cara del recién llegado con mucha calma. No así el delfín, quien al ver su catadura y sus acciones iracundas, se llenó de pavor y dió á llorar; no siendo bastantes á tranquilizarle, las palabras cariñosas que le dirigieron por lo bajo su hermana y su madre.

En seguida entró un cuarto funcionario, el cual dijo á sus compañeros algo en secreto.

—No hay ya aquí seguridad para mi familia? preguntó el rey.

—Hase exparcido el rumor, dijo uno de los funcionarios, que ya no está la familia real en el Temple. Semejante noticia ha excitado al pueblo y desea que todos vosotros os asoméis á las ventanas; cosa que nosotros no permitiremos. No hay que asomarse pues. Es necesario que el pueblo tenga mas confianza en sus servidores.

—Sí, agregó el otro funcionario todavia con los puños apretados, así tiene que ser. Y si el enemigo entra en París, fuerza es que muera la familia real.—Y cuando al repetir estas palabras el delfín volvió á llorar, el hombre añadió: Compadezcó al chico, pero debe morir tambien.

Entre tanto crecieron el tumulto y las voces en la calle. Despues entró un quinto oficial, en compañía de algunos soldados, á fin de asegu-

rarse por sí mismos, en nombre del pueblo, que todavia estaba en la torre la familia de Capeto. Este oficial, pidió con tono insolente, que Luis con su esposa é hijos se asomase á las ventanas y se dejase ver.

—No, no, gritaron los otros tres individuos. No se asomarán.

—Por qué no? preguntó el rey en aquella coyuntura. Vamos, Maria; agregó dando la mano á su mujer.

—No, no hagais tal; dijo uno de los funcionarios plantándose delante de la ventana.

—¿Pero por qué no? volvió á preguntar el rey sorprendido.

—Claro, porque el pueblo quiere mostraros la cabeza de Lamballe, á fin de probaros cómo se venga la nacion de sus tiranos.

En aquel instante vió la reina tras el cristal de la ventana, enclavada en una enorme pica la cabeza de una mujer, cuya frente livida estaba salpicada de sangre y los hermosos cabellos hechos rizos en torno de la cara. Fijó la vista y reconoció en aquellas facciones sin vida ni expresion, á la que fué su querida amiga la princesa Lamballe.

La reina dando traspieses cayó de espaldas en una silla, siempre con los ojos en la ventana, de donde ya habia desaparecido la cabeza de su infeliz amiga. Tenia entreabiertos los labios, cual si el horror hubiese ahogado un grito pronto á exhalar. No lloró, no se quejó, ni pudieron sacudir el estupor que se apoderó de todo su ser, las caricias de sus hijos, las palabras amorosas de la infanta Isabel, ni las de consuelo que le dirigió el rey.

Habia sido asesinada la princesa Lamballe, y bien claro vió María Antonieta que este no era mas que el preludio de la espantosa tragedia, en que pronto seria ella implicada con toda su familia.

Pobre princesa Lamballe! La habian degollado, porque se negó á maldecir á la reina, á jurar que amaba la libertad y la igualdad, y que odiaba á los reyes y todo lo perteneciente á la monarquía. La princesa se prestó á jurar lo primero, mas no lo segundo, porque no queria mentir.

Este fué el delito de aquella ilustre mujer, como fué el de tantas otras victimas del memorable 3 de setiembre, en que forzando las puertas de las cárceles, el pueblo Parisiense, ayudado de los feroces Marselleses, degolló los presos, como quien degüella carneros.

Desde ese dia aciago, se puede decir que empezaron los padecimientos y torturas de la familia real. Fuera de los insultos que le dirigian cuantos se acercaban á ella, la madama Tison no la dejaba á sol ni á sombra y para colmo de desgracias tuvo al fin que sufrir las groserias é infamias del zapatero de viejo Simon, su perseguidor constante.

Nombrado este por el ayuntamiento de París, sobrestante de las reparaciones que se hacian en el Temple, se habia constituido en ese edificio para desempeñar mejor su encargo; y era su delicia contemplar la humillacion de la familia real, ver su caida diaria y oir las maldiciones con que la saludaban en todas partes. Jamas aparecia en su presencia sin dirigirle alguna cuchufleta ó palabra soez. Ni los encargados de su guarda, mencionaban el nombre del rey, de la reina, ó de los niños, sin acom-

pañarle con algún dicho maligno ó sucio. Uno de ellos, á oidos de María Antonieta dijo á sus camaradas: Si no hay verdugo que guillotine á esta maldita familia, aquí estoy yo para llenar sus veces.

Cuando la familia real bajaba al jardin á tomar aire, solia acudir allí Santerre con un piquete de tropa. Los centinelas, siempre que pasaba le hacian armas al hombro, pero si pasaba el rey daban con la culata del fusil en tierra, ó fingian no ver á este último. En la puerta que caía al jardin, acostumbraba situarse el carcelero Rocher, y de propósito no abria sino cuando lo tenia por conveniente y habia hecho esperar á la familia real, despues de lo que le arrojaba á la cara bocanadas de humo de su larga pipa. Reianse de estas cosas los soldados que presenciaban aquellas indignidades y con sus dicharachos contribuian al escarnio. Ademas, mientras los presos reales se paseaban, se reunian los artilleros en las avenidas y se entretenian en bailar al son de música y canciones revolucionarias, en cuyos bailes solian tomar parte los jardineros, succediendo que muchas veces rodearon con saltos y cabriolas á los distinguidos paseantes.

En cierto dia uno de los labradores, enseñándole la hoz al rey, le dijo que con ella pensaba cortar la cabeza á la reina. Y cuando despues de su melancólico paseo, volvian los reyes al Temple, los recibian los llaveros y centinelas con nuevas injurias y burlas; y como si no fuesen bastantes las palabras groseras de viva voz, otras mas atroces les dirigian por escrito. En las paredes de los pasillos y corredores por donde tenia que pasar la familia á la ida ó la vuelta del jardin, habian escrito con carbon toda suerte de letreros insolentes y hasta obscenos. Por ejemplo: Pronto veremos danzando á madama Veto. Abajo la loba de la Austria! Es preciso ahogar la cria del lobo! Tambien en cierta ocasion pintaron una horca, de la cual pendia la figura de un hombre en traje real y debajo este letrero: Luis tomando el fresco.

De modo, que hasta los cortos paseos de los reyes, se convirtieron para ellos en ocasiones de tormento. Al principio la reina no pudo soportarlo y se abstuvo de bajar al jardin, pero las pálidas mejillas de los hijos, las miradas lánguidas del delfín, que mas que su hermana, necesitaba de aire y luz para revivir, vencieron su repugnancia y la obligaron á resignarse y sufrir con tal que aquellos pedazos de su corazón no se enfermasen y muriesen del encierro y la falta de ejercicio.

Habia vuelto de su paseo la familia real el 21 de setiembre. El rey se hallaba sentado leyendo un libro en la sala de recibo y la reina cerca de él en una ligera labor; mientras que el delfín, su hermana Teresa y su tia Isabel, en el aposento inmediato, se entretenian en resolver adivinanzas. En la antecámara los centinelas de vista, sentados y silenciosos, parecian seguir todas las acciones de los ilustres presos con maligno placer.

De repente se oyeron bajo las ventanas del Temple el sonido de las trompetas y batir de los tambores, y en medio del profundo silencio y la quietud que se siguieron, la lectura del siguiente bando:

—La Convencion nacional, usando de las facultades que le ha delegado la voluntad popu-

lar, ha decretado: 1.—Queda abolida la monarquía en Francia. 2.—Todos los documentos oficiales se fecharán desde el primer año de la república. 3.—El sello nacional llevará en la orla un letrero que reze,—República de Francia. 4.—Las armas nacionales serán una mujer sentada sobre un haz de armas, con una lanza en la mano y el gorro de la libertad en la punta.

Por mas que los malignos vigilantes clavaron la mirada en el rostro de los reyes, á fin de ver la impresion que les causaba el pregón del bando en que se les privaba del trono, no pudieron descubrir alteración ninguna. El rey no levantó los ojos del libro que estaba leyendo ni por un momento y la reina continuó impasible el bordado; uno y otro cual si hubieran perdido la facultad de oír y sentir.

Había derribado la república las coronas de las cabezas de Luis y María Antonieta; y cuando, algunos dias despues, se trajo al Temple la ropa blanca de las Tullerías, pedida con tanta instancia, se dispuso que se borrara de cada pieza la corona sobrepuesta al nombre de la marca.

Pero con esto no terminaron los padecimientos de la familia real. En medio de sus desgracias aun les quedaban fuentes de consuelo, instantes de paz, y estos se creyó conveniente amargárselos. Habian caído las coronas de sus cabezas, mas sus corazones latian el uno al lado del otro; habian perdido un reino, mas estaban juntos, podian hablarse con los ojos, conhortarse con una sonrisa, animarse con un apretón de manos á hurtadillas de los centinelas de vista. Porque es cosa averiguada, que son mas ligeros los pesares compartidos.

Esto tuvieron presente sin duda los enemigos de la familia real para propinarle un nuevo trago de amargura. Hacia mediados de octubre dispuso la Convencion nacional la incomunicación completa del rey en el mismo Temple, en la parte que llamaban la torre grande. Pudo haber en esta medida miras políticas ó de seguridad, pero en la separación del delfín de su madre y su encierro en la torre con el padre, no vemos sino motivos de refinada maldad.

Fué este golpe terrible para María Antonieta. Mucho sintió la separación de su marido; pero la de su hijo pequeñuelo, que entónces mas que nunca necesitaba de las caricias y el calor materno para no morir de inanición, hé aqui lo que creyó ella imposible de sobrellevar. Se torció las manos, lloró, gritó, con palabras capaces de enternecer las piedras imploró á sus verdugos no le arrebataran el hijo de sus entrañas, ya que le habian quitado á su marido. Hasta el áspero corazón del zapatero viejo se enterneció al oírlo y dijo:

—Sobre que estas malditas mujeres me harán flaquear todavía!

A eso debe atribuirse que no se opusiera cuando el alcaide del Temple dispuso que la familia real comiese junta y á una misma hora, para que sus miembros se viesen al ménos tres veces al dia.

De este modo sucedia que á la hora de almorzar, de comer y de cenar, la familia de Capeto se veía, cambiaba algunas palabras, se enlazaba de las manos, se deleitaba con la charla del delfín, y el rey referia las lecciones que daba á este y los adelantos que hacia en

varios ramos. En esas cortas reuniones, cortas porque no dependia de su voluntad el repetir las, se olvidaban los reyes de todos sus pesares y desgracias y se separaban con la esperanza de volver á verse en la siguiente comida, ó al siguiente dia.

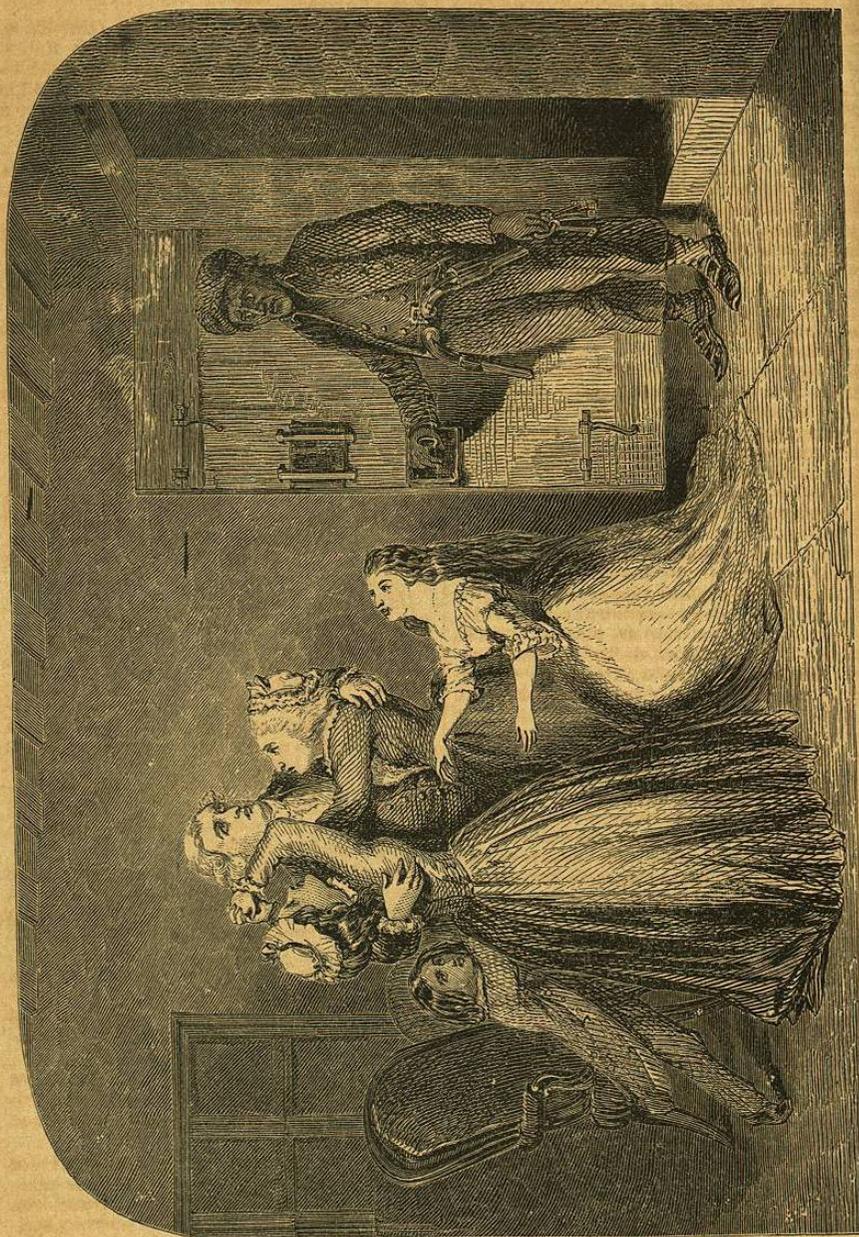
Asi se pasó noviembre. En diciembre ocurrió el comienzo del horrible drama que debia representarse en enero siguiente. La Convencion nacional le formó causa al rey por traición. Se le acusó de conspirar con los enemigos de la Francia y de llamar en su ayuda á los monarcas de Europa. Dentro de una caja de hierro empotrada en la pared del gabinete de las Tullerías se encontraron papeles que comprometian al rey, cartas de los infantes refugiados en el extranjero, como tambien del emperador de Alemania y del rey de Prusia.

Negó él con entereza los cargos y declaró que lejos de invitar á los príncipes extranjeros á venir en su ayuda, habia tratado de disuadirlos del intento de invadir el país, porque era claro, que para favorecer al rey preso, habia que amenazar la Francia con el azote de la guerra.

¿Mas de qué valia negar? Puesto á discusión si debia acusarse al rey, el jóven Saint Just tejió uno de aquellos miserables y enredosos discursos de lógica salvaje, de teorías enciclopedistas, de historia desfigurada, que señalaron los debates. “El rey, decia aquel feroz tribuno, no es un ciudadano, es un enemigo, y con él no habla el código, sino el derecho de gentes.” En contraposición á este decia el humano Lanjuinas: “Yo no soy su juez porque es mi huésped; no he olvidado que vino á este recinto á pedirnos asilo; á mis ojos tiene el mejor y el primero de los derechos, el derecho de los que suplican.”

Siendo rey, por la constitución era inviolable; pero la inviolabilidad parecia ya un absurdo residuo del realismo antiguo, la nación, que Imbert habia proclamado ser el único Dios, no podia incurrir en error, y sus diputados debian ser jueces. Aun mas sencillamente, decia Robespierre, que no se trataba de un acto de justicia, sino de una providencia política para salvar el Estado; que un tirano cogido con las armas en la mano estaba ya juzgado, y que no podia conservarse en una república al que habia sido rey. “Si se absuelve á Luis, añadió, la república está condenada. Si como se usa en los juicios, se le debe presumir inocente mientras no se le condene, todos somos reos. ¡El panegirico de Luis XVI resonando en la tribuna Francesa! ¡Oh atentado, oh vergüenza! . . . Luis combate contra nosotros desde el fondo de su prisión, y todavía dudais si es culpado, si se puede tratarlo como enemigo, todavía se pregunta qué leyes le condenan, todavía se invoca en favor suyo la constitución.”

Queriéndose que el asesinato fuese legal, se llamó á Luis á la barra de la Convencion, y hasta se le concedieron defensas. El honor de serlo muchos lo solicitaron, pero entre ellos solamente fueron elejidos Tronchet, el abogado De Seze y el antiguo ministro Malesherbes, quien dijo:—“Llamado dos veces á los consejos del que fué mi señor en tiempo en que aquel cargo excitaba la ambición de todos, le debo el mismo servicio cuando muchos lo creen



LOUIS XVI. DESPIDIÉNDOSE DE SU FAMILIA.

peligroso." La parte patética la borró Luis de su arenga, diciendo: "Me basta demostrar mi inocencia, no quiero conmoverlos." Pero De Seze conmovió. Demostró que condenando á Luis se venia á poner de manifiesto que la prometida inviolabilidad habia sido puramente un lazo; que Luis debia obtener las consideraciones que merecia todo ciudadano, y añadió: "Léjos de ello, busco jueces y no encuentro mas que acusadores."

¿Qué importa, sin embargo, lo que dijera De Seze? En vano la serenidad de Luis y su humillacion conmovieron á muchos diputados enemigos suyos; Saint Just y Robespierre replicaron á los alegatos que habia principios indestructibles, superiores á las prácticas consagradas por la costumbre y por las preocupaciones, y que la última prueba que los representantes del pueblo debian dar de su amor á la patria, era sacrificar la compasion natural á la salud de una gran nacion y de la humanidad atropellada.

En puridad, aquella asamblea temblaba ante el furor de la plebe que amenazaba de muerte al que hablase en favor del rey, por lo cual dijo con razon Salles:—"Estamos bajo el puñal." A algunos diputados se les obligó á jurar que votarían por la muerte, y una turba de hombres feroces y de mujerzuelas chilonas parecia decir á todos ó su cabeza ó las vuestras. Los Girondinos, á pesar de eso, intentaron salvarle; pero conocieron que un partido que se regia únicamente por el aura popular, tenia que someterse á cualquier baja para no perderla. Desesperados de encontrar ninguno otro medio, recurrieron al voto del pueblo: "No es excitar á la guerra civil, decia Vergniaud, invocar la soberanía popular. Decis que se necesita valor para ejecutar vuestra sentencia sin apoyarse en el voto del pueblo. ¿Y qué valor hallais en un acto de que seria capaz el hombre mas vil?"

—"Debe estar animado este hombre de singular fanatismo; dijo Colombeau en el informe que dió á la Convencion sobre la conducta del rey en el tránsito del Temple á la Cámara. De otro modo es inexplicable cómo conserva tanta serenidad, cuando tiene tantos motivos de temer. Luego que todos entramos en el carruaje y atravesábamos las calles, Luis Capeto empezó una conversacion que pronto giró sobre literatura, especialmente sobre autores Latinos. Con notable acierto y lucidez dió su juicio, pareciéndome que sentia placer en mostrarnos su erudicion. Alguno dijo que no le gustaba Séneca, porque su amor al dinero era mas potente que su supuesta filosofia y porque no podia olvidar que habia tratado de subsanar los crímenes de Neron ante el Senado. A juzgar por su semblante, esta reflexion no pareció afectar á Luis en lo mas mínimo. Se habló de Tito Livio, con cuyo motivo dijo Capeto que ese historiador se habia tomado la pena de componer largos discursos que no se habian pronunciado nunca á otros oyentes que á los que se hallaban al alcance de su gabinete,—porque es imposible, añadió, que generales pronunciasen realmente discursos tan largos al frente de sus tropas. En seguida comparó á Tácito con Tito Livio, y dijo que el primero era muy superior al segundo por lo que respecta al estilo."

En este sentido, segun al convencional, habló el rey en el tránsito de la prision al tribunal revolucionario, mientras el populacho rodeaba el carruaje y atronaba el aire con sus gritos feroces.

La elocuencia brillante de los Girondinos, dejó confundida la sañuda medianía de Robespierre, en consecuencia los medrosos resolvieron entónces mas deliberadamente la pérdida del rey. De 749 votantes, 669 declararon reo á Luis; y luego en votacion pública 2 opinaron por la cadena, 286 propusieron el destierro ó la reclusion, 46 la muerte, pero aplazando la ejecucion por cierto tiempo, y 361 la muerte sin aplazamiento.

En las pocas semanas que duró el proceso del rey Maria Antonieta estuvo completamente separada de él y á solas con sus hijos, entre los cuales ya ni se sonreia, ántes sentada y con la vista fija, dia tras dia esperó el resultado. Sabia ella de qué acusaban á su marido, que habia contestado satisfactoriamente á todos los cargos, y que le habian llevado á la barra de la Convencion. Pero mas de esto, no llegó á sus oídos, una palabra, una sílaba acerca del carácter del proceso; porque la vigilaba harto bien la mujer Tison para permitir que la presa supiera lo que pasaba fuera de su calabozo.

Al fin; sin embargo, comunicaron á la reina la nueva fatal, la que temblando hacia tiempo esperaba, y para la que se habia preparado con lágrimas y oraciones. Esto no obstante, le causó hondo pesar, cólera, desesperacion.

Intimóse la sentencia á Luis y se le negó la dilacion de tres dias que solicitaba para disponer sus negocios temporales y prepararse á morir como cristiano. Se le concedió un sacerdote y se le dijo,—"que la nacion, siempre grande y justa, cuidaria de la suerte de su familia." Tambien se le permitió ver á esta sin testigos, gracia que es tan generosa como suena, pues la entrevista tuvo lugar en el comedor del rey, donde una puerta vidriera separaba esa pieza de aquella en que estaban los vigilantes y á traves de los cristales podia verse lo que pasaba dentro.

Allí, de los calabozos superiores condujo un carcelero á la reina, á los niños y á la hermana del rey. Esperábalos este, paseándose arriba y abajo en el comedor. A Clery, que arreglaba la pieza para la visita, le ordenó que pusiera la mesita redonda que estaba en el medio á un lado y trajese una garrafa con agua y vasos.—Pero no le pongas hielo, añadió, porque á la reina no le sienta y podria enfermarse si tomara sin saberlo agua demasiado fria.

De repente perdió el rey la calma, paró sus paseos, se puso pálido y se llevó la mano al corazon, porque le latia con violencia. Era que habia oido la voz de la reina.

Se abrió en efecto la puerta y entraron todos aquellos objetos caros á su corazon: la reina con el delphin de la mano; madama Isabel con Teresa. El rey se adelantó á la puerta y recibió á los cuatro en sus brazos; y todos se estrecharon tierna y fuertemente en medio de gritos desgarradores, de lágrimas y de sollozos. Los ojos de los mismos carceleros y funcionarios, que presenciaron aquel encuentro, se humedecieron de la compasion. No distante de allí, el abad Edgeworth de Firmont, de rodillas

rogaba á Dios por aquellos desgraciados cuyos lamentos y gemidos llegaban hasta él.

Poco á poco cesaron los sollozos y suspiros, tomando todos asiento en torno de la mesita ántes mencionada: la reina á la izquierda de su marido; á la derecha madama Isabel; enfrente, María Teresa y entre sus rodillas el delfín, que no dejaba de mirar á la cara de su padre con tamaños ojos abiertos y sonrisa melancólica.

Luis fué el primero á hablar. Refirió todos los trámites sumarísimos del proceso y los débiles cargos en que se apoyaron los jueces para condenarle. Durante esta relacion no se le escapó una queja ni una palabra dura contra aquellos, usando siempre las expresiones,—pobres, desaconsejadas gentes. Exigió él de su familia que los perdonasen y solo le contestaron con sollozos, lágrimas, abrazos y besos.

Después reinó solemne silencio. La causa era que el rey en pie, con el brazo derecho extendido y los ojos vueltos al cielo, bendecía á su esposa, hijos y hermana, los cuales arrodillados en torno suyo le tenían estrechamente abrazado por las piernas.

En seguida rogó Luis á su familia que se levantara y los volvió á abrazar y besar á todos. Y dijo, á la reina, que en medio de sus sollozos se permitió algunos desahogos contra sus enemigos.

—Los he perdonado, María. He escrito mi testamento. En él perdono ante todo á mis enemigos, y espero que tú también los perdones. Prométeme pues, querida María, que no pensarás nunca en vengar mi muerte.

—No espero estar jamás en capacidad de vengarme; contestó ella con tristeza. Pero si alguna vez estuviere en mi mano, cuenta con que no tomaré venganza de tamaña atrocidad.

—Gracias, María, continuó el rey besándola en la frente. Sé que vosotros todos respetareis mi última voluntad y que grabareis mis palabras en vuestros corazones. Pero tú, hijo mío, agregó sentándose y tomando en sus rodillas al delfín, tú es fácil que olvides porque eres niño todavía. Has oído lo que acabo de decir, pero como el juramento es mas sagrado que la palabra, haz la cruz y júrame que cumplirás con mis deseos y perdonarás á todos nuestros enemigos.

—Te juro, que perdonaré á todos nuestros enemigos y que no haré el menor daño á los que van á matar á mi queridísimo papa.

Esto dijo el niño todo conmovido mas con vehemencia, en voz clara y distinta, de manera que los empleados de la prision que se hallaban en el cuarto inmediato pudieron oírlo, estremeciéndose tanto por las palabras, como por la solemnidad con que las pronunció. Porque no creyeron sino que oían la voz de un ángel, único ser capaz de tanta generosidad como mansedumbre.

Después de otro largo rato de silencio, de llanto y de profundos suspiros, el rey rogó á su mujer, hijos y hermana que se retirasen á sus habitaciones y le dejasen solo, pues deseaba descansar y recapacitar.

No ménos dolorosa fué esta separacion que el encuentro. Clery abrió la puerta vidriera. La reina aferrada al brazo derecho del rey, y entre ambos llevando al delfín; Teresa rodeando á su padre por la cintura é Isabel apretán-

dole la mano izquierda; aquel grupo triste se encaminó á la puerta dando gritos y lamentos que partían el alma.

—Les prometo, dijo Luis, volver á verlos mañana por la mañana á las ocho.

—¿A las ocho? repitió la reina asustada. ¿Por qué no á las siete?

—Bien, sea á las siete; repuso el rey con amabilidad. Entre tanto, adios! adios!

El tono profundo de tristeza con que pronunció estas últimas palabras fué nuevo motivo de llanto para la familia. La hija en un desmayo se cayó á los pies de su padre, levantándola Clery con ayuda de la infanta Isabel.

—Papa, querido papa mío, gritó el delfín, nosotros queremos quedarnos contigo.

Entretanto la reina, callada, pálida y con los grandes ojos fijos en su marido, no parecía sino que buscaba grabar su imagen en su corazón amante.

—Adios! adios! repitió el rey casi echando los fuera. Volvió la espalda y de prisa se metió en el aposento inmediato al comedor.

La reina, los niños, destinados á una hermandad temprana, la infanta Isabel, se abrazaron y cual si no fuera mas que una persona, prurupieron en un gran grito de agonía.

—Adelante! dijo uno de los funcionarios de la cárcel empujando bruscamente al grupo de mujeres y niños. La familia de Capeto gasta demasiadas candelinas.

Enderezóse María Antonieta al oírlo, le echó una mirada abrasante y en voz colérica, dijo:—“Vosotros todos sois verdugos y traidores.”

Habiase recogido el rey á meditar en su gabinete, donde ya le aguardaba el abad Edgeworth de Firinoat, para prepararle á bien morir y confortarle con las promesas de la otra vida. En efecto, con él pasó la noche. A la mañana siguiente muy temprano, dijo la misa en un altar erigido allí provisionalmente, confesándose y comulgando el rey con mucha devoción.

—Como debo levantarme tan temprano, (las autoridades habian dispuesto se verificara la ejecucion á las siete de la mañana) dijo Luis á Clery, es preciso que me acueste temprano. Este dia ha sido de pruebas para mí y necesito descansar, para tener fuerzas mañana.

Desnudado por el criado, se acostó y á la siguiente mañana á las cinco cuando vino á vestirlo, todavía dormía profundamente. Debía soñar agradablemente, porque se sonreía.

Vestido el rey, se confesó y comulgó, usándose como patena un vaso sagrado que se trajo de la iglesia cercana del Marais. El altar lo hizo Clery de una cómoda vieja, á cada lado del cáliz puso dos candeleros ordinarios, y en ellos velas de sebo en vez de cera. Ante ese altar improvisado se arrodilló Luis XVI, elevó á Dios sus pensamientos y sus oraciones, conservando siempre la calma y la mansedumbre de su buena índole.

El abad dijo la misa, que ayudó Clery como sacristan, y mientras el rey recibía los sacramentos, empezaron á resonar las trompetas y los tambores, los cuales despertaron á la ciudad y dijeron á sus habitantes, que el rey de Francia iba á ser guillotinado. Luego la artillería rodó por las calles, la Guardia nacional de a pie y de á caballo, formó en toda la carrera desde el Temple á la plaza de la Concordia

De un lado y otro de la calle, de cuatro en fondo se tendió la tropa, armada de picas y fusiles, de modo que cerraba el paso á todo el que intentase penetrar en el centro con la idea de favorecer al rey.

Las ventanas estaban cerradas y las cortinas corriaas de las casas por donde pasó la procesion. Pero es muy probable, que detras de esas ventanas y cortinas habia mas de una persona de ambos sexos arrodillada en oracion ferviente por el hombre desgraciado que marchaba al cadalso y habia sido no há mucho, el rey de Francia.

En toda la carrera solo hubo un tumulto, armado por dos jóvenes atolondrados, con intencion, sin duda, de ver si en el desorden se podia facilitar la escapatoria del rey. Pero pagaron con la vida su temeridad. Viéndose perdidos, pues que nadie contestó á su llamamiento, huyeron y trataron de refugiarse en una casa cercana forzando la puerta. Allí los alcanzó el pueblo y los hizo pedazos.

Continuó su marcha el carruaje, por en medio de un mar de seres humanos. Desde el principio hasta el fin Luis conservó una imparcialidad admirable. No levantó una vez siquiera los ojos del libro de oraciones que llevaba en la mano, ni prestó atencion sino á las palabras de consuelo que le dirigió su confesor en el tránsito.

Habiendo hecho alto el cochero al frente del cadalso Luis se desmontó del carruaje, en compania de abad. Se quitó por sí mismo la casaca y entonces se aproximó uno de los ayudantes del verdugo para cortar el pelo y despejarle el cuello. A esto se prestó con blandura; pero cuando trataron de atarle las manos, se llenó de indignacion y se resistió por el largo rato de erminadamente. A vista de aquel desorden Samson, que aguardaba en el tablado, bajó la escalera y poniéndose delante del rey le dijo:

—Sire, con este pañuelo, con cordeles no.

Ya se sorprendiese de oírse llamar Sire, cosa que no sucedía de largo tiempo atras, ya le impresionase del tono de respeto y compasion visibles en el semblante del verdugo, lo cierto es que alargó ambas manos y dejó que se las ataran fuertemente.

—Solo el recuerdo de nuestro Salvador y de lo que padeció por nosotros, me da fuerzas para sufrir esta nueva degradacion; dijo Luis con los ojos azados al cielo y la expresion del dolor mas intenso impresa en el semblante.

Entonces ayudado del abad y de Samson, ascendió la escalera del patibulo con paso bastante firme y seguro. Apenas apareció él en el tablado, empezaron á batir los tambores; pero el rey adelantándose hasta el mismo borde, en voz imperiosa ordenó silencio y le obedecieron como por magia.

—“Franceses, exclamó en voz entera que se oyó hasta en los lugares mas distantes de la plaza, muero inocente, perdono á mis enemigos; deseo que mi muerte...”

Aquí Santerre hizo tocar de nuevo los tambores, se anoderaron los verdugos del rey y le inclinaron delante del tajo. El padre tambien se inclinó y le dijo algunas palabras que solo Dios oyó, mas que la tradicion llena de admiracion y simpatía ha transformado en la fórmula eterna y popular que es mas verda-

dera que la verdad y mas histórica que la historia:—“Hijo de San Luis, subió al cielo.”

Entonces brilló algo en el aire, se oyó un golpe sordo y pesado, y saltó la sangre. Habia muerto el rey de Francia. El verdugo Samson agarró la cabeza por los cabellos del coronal y la mostró al pueblo.

Siguióse un instante de espantoso silencio y luego el populacho rompió en tropel por entre las filas de soldados y se precipitó al cadalso para recoger una memoria cualquiera de aquel suceso extraordinario. Espadas, lanzas y pañuelos al momento se empaparon en aquella sangre hecha preciosa por el martirio, mientras que en todo París resonaba el grito de:—Viva la república, viva la nacion!

Los vestidos del rey fueron rasgados y los girones distribuidos. Por un mechón de cabellos salpicado de sangre hubo quien dió oro á los verdugos. Un Inglés dió quince lises á un muchacho porque mojara su pañuelo en la sangre que caía del cadalso. Otro compró en treinta la peluca del rey. Estos pormenores están tomados del *Vossische Zeitung*, que en su edicion del 5 de febrero de 1793, contiene una relacion detallada de la ejecucion del rey Luis XVI.

Por la noche del mismo dia, impresionado el verdugo Samson por aquella terrible ejecucion, se dirigió á un padre, le pagó para que di era misas por el reposo del alma del rey, é hizo dimision del oficio, se retiró á la soledad y murió seis meses después. Sucedióle su hijo, á la sazón mozo de catorce á quince años, que acompañaba á su padre por aquel tiempo á todas las ejecuciones y que hasta 1840 continuó en hacer que se dijeran misas, como aquel habia dispuesto.

El dia que se siguió al terrible 21 de enero, suplicó la vuda de Capeto á las autoridades municipales le facilitaran traje de luto, de la clase mas comun, para ella, sus hijos y su criada.

Fuó la república la magnanimidad de satisfacer esta humilde peticion.

CAPÍTULO XXI.

EL FIEL TOULAN.

Está de nuevo de guardia el ciudadano Toulan y al presente con su amigo Lepitre. Es republicano tan decidido y puro, ciudadano tan celoso, que la república reposa en él entera confianza, nombrándole presidente de la junta encargada de los bienes de los emigrados. Toulan, además, es miembro de la Convencion y no fué culpa suya si no tomó parte en los debates sobre el proceso del rey, porque se hallaba á la sazón en una de las provincias, para tomar posesion de los bienes de un aristócrata que se habia expatriado.

A haber estado en París, habria dado su voto naturalmente á favor de la ejecucion del rey. Esto al ménos decia él á todos á boca llena, do quiera que se paraba, y le creian implicitamente, porque era ultra republicano, mas que esto todavía, descamado furioso, que para no dejar duda, vestía del modo mas estrafalario del mundo. Era además de eso, secuz decidido de Marat, entusiasta admirador del zapatero Simon, quien pasaba ratos deliciosos siempre que Toulan entraba de guardia en el Temple,